

Entrada I - 10 de Noviembre de 2004

Estoy agotada de tanto subir y bajar. Las mudanzas cansan muchísimo. Ya ni me acordaba. Sobre todo si se hacen sola... En fin.

El piso es viejo, pero me encanta. Con techos altos y muebles de madera antigua me recuerdan a la casa de mis abuelos. A la que íbamos todos los veranos hasta el incendio.

La echo de menos. Los echo de menos.

La dueña del piso ha hecho un buen trabajo reformando la instalación eléctrica y fontanería. El agua sale con buena presión y el piso está bien iluminado y equipado. No echo en falta ni un enchufe. Me gusta.

Quizás, lo único que cambiaría sería el suelo de parquet. Cruje demasiado, pero por este precio y en pleno centro de la ciudad, no puedo quejarme.

Entrada II - 14 de Noviembre de 2004

Hoy he conocido al vecino de enfrente. Un anciano adorable y frágil que, aún con tanta vida a sus espaldas, no ha perdido la sonrisa. Debería aprender de él.

Manuel, se llama. Ha vivido aquí toda la vida y ha visto pasar a mucha gente por esta casa. Dice que por unos motivos u otros acaban por marcharse a los pocos meses. No me extraña. Esta ciudad y su atractivo pasajero. Todo el mundo quiere venir a vivir aquí pero muy pocos se quedan. Ese no será mi caso. Esta es mi ciudad, donde he crecido. Conozco sus trucos y su gente, y me gustan.

Entrada III - 16 de Noviembre de 2004

Manuel me ha traído una tarta. Qué hombre más amable. Es su cumpleaños. Ochenta. Los que hubieran cumplido mis abuelos este año. Manuel me recuerda a él.

Le dije que no los aparentaba, pero es mentira. Aparenta ciento cincuenta.

Me ha hecho mucha ilusión pero al preguntarle cómo lo iba a celebrar... “No voy a hacer nada. No me queda nadie”.

Eso me ha roto el corazón. Le he invitado a pasar y compartir la tarta, pero no ha querido. “Para mí es suficiente saber que estás contenta en tu nueva casa, y que te gusta mi tarta”.

Un agradecimiento triste y un cierre de puerta que me ha hecho sentir horrible.

Y además la tarta estaba asquerosa y tuve que tirarla entera. Sintiéndome aún peor.

No sé muy bien qué hacer, la verdad. Me da mucha pena Manuel.

Esta mierda de sociedad, qué fácil se olvida de sus mayores, los que cargaron con el peso de su bienestar en los hombros, para que el resto los deseche sin el más mínimo respeto.

Entrada IV - 17 de Noviembre de 2004

Hoy, volviendo del trabajo, me he encontrado con Manuel en el rellano. Quería saber si me gustó la tarta. No podía decirle la verdad al pobre señor. Le dije que me había encantado y abrí corriendo la puerta de casa. Detrás de mí escuché a Manuel volverse y abrir la suya. Menos mal que no quería saber más. Qué vergüenza.

Pero creo que no le ha sentado mal. Cuando me di la vuelta para cerrar le vi a través de la rendija de su puerta, mirándome sin ninguna maldad ni resentimiento. Sonriendo.

El hombre ha debido de pasar por demasiadas cosas durante una vida entera como para molestarse por una mentira sobre una tarta.

Entrada V - 26 de Noviembre de 2004

No he querido darle importancia hasta ahora, pero es que lleva pasando demasiados días. Cada vez que vuelvo del trabajo, Manuel está en el rellano, de pie, esperándome. Me pregunta qué tal el día y si necesito algo. Le digo que no y muchas gracias y me meto en casa, y siempre, siempre al volverme a cerrar está observándome tras la rendija de su puerta. Sonriendo. Lleva varios días así. Creo que el pobre está perdiendo la cabeza. No sé si hablar con él, pero es que yo solo soy su vecina. ¿Qué pinto yo en eso?

Pero veo a mi abuelo en él, y quiero ayudarle, ya que no pude hacerlo la otra vez.

Entrada VI - 30 de Noviembre de 2004

Hoy ha vuelto a pasar. Todo igual. Manuel me esperaba y me ha preguntado sobre mi día. Pero al girarme para cerrar, Manuel seguía en el centro del pasillo, sonriendo. Sin maldad. Quizás había dado un paso hacia mí mientras estaba de espaldas. No lo sé. Pero estaba muy cerca y eso no me ha gustado nada. Con un escalofrío he intentado cerrar la puerta despacio, con normalidad, pero creo que se ha dado cuenta de que me he asustado. No sé que se hace en estos casos, ¿debería contactar con algún hospital?

Entrada VII - 30 de Noviembre de 2004. Media noche

Acabo de tener una pesadilla. No recuerdo mucho. Nunca recuerdo mucho. Normalmente me despierto de las pesadillas agitada, sudando y con el corazón desbocado. Y con mucho, mucho miedo. No sabría decir si es así, pero creo que estaba relacionada con Manuel. En las imágenes borrosas del sueño recuerdo una figura de pie, en medio de un rellano que se acerca y yo no puedo moverme.

Escucho crujir el parquet, dentro de casa. Solo una vez, como un paso tímido, y luego, silencio. No hay nada, no hay nadie. Ha sido una pesadilla.

Creo que el comportamiento de Manuel se me está metiendo en la cabeza más de lo que pensaba. Sobre todo lo de esta tarde, cuando se ha acercado. El miedo me está haciendo pensar cosas muy raras. ¿Seguirá ahí, delante de mi puerta, a media noche?

Al final soy yo la que se está volviendo loca. Acabo de ir a la puerta a mirar por la mirilla. Solo he visto negro, obviamente. En medio de la noche, ¿quién va a encender la luz del rellano? Pero el cerebro es muy poderoso, y con la sugestión y el miedo puede hacerte ver cosas que en realidad no están ahí. Podría jurar que he visto la figura de un hombre en la oscuridad, ahí frente a la puerta, sonriendo.

Entrada VIII - 1 de Diciembre de 2004

Es demasiado. No debe seguir así. Esta mañana al abrir la puerta de casa, Manuel estaba ahí, de pie, en el mismo sitio en el que se quedó ayer. Me he asustado, pero ya me da igual que lo vea. Está definitivamente loco. Ya ni espera a la tarde para salir a molestarme... ¿O se ha movido siquiera desde ayer?

Buenos días, me ha dicho. Y se ha quedado ahí, sin moverse mientras yo cerraba y comenzaba a bajar las escaleras.

Se lo he contado a mis compañeros del trabajo. Ellos lo tienen muy claro. Tengo que llamar a la policía. Que es acoso y que está completamente loco. Manuel necesita ayuda, y he visto en mis compañeros esa sensación de rechazo a los mayores. Cuando ya no sirven, cuando son una molestia. Me parece algo exagerado, llamar a la policía. Aunque sí sigue así es posible que lo haga.

Entrada IX - 1 de Diciembre de 2004. Media noche

Otra pesadilla. Y esta vez está claro que era Manuel. Se me ha metido en la cabeza, el viejo loco. Necesito solucionar esto de alguna manera. Otra noche que no voy a dormir nada. Esto no es bueno. No sé por qué, pero necesito ir a la mirilla. Necesito comprobar que no está ahí.

No debería ir a mirar. Me da miedo que mi cabeza me haga ver cosas que no son, y no sé qué me da más miedo, el no poder fiarme de mis propios sentidos, o que mi vecino de ochenta años a punto de romperse esté volviéndose loco.

Voy a mirar.

Entrada X - 2 de Diciembre de 2004. Madrugada

Esto es demasiado.

He ido a la mirilla, y como la noche anterior, estaba todo negro. Pero esta vez me he quedado un rato, intentando discernir la figura de Manuel, retando a mi cerebro, enfrentándolo, a ver si podía mostrarme al viejo, ahí frente a la puerta, sonriendo sin maldad.

Nada.

He vencido a mi cabeza, soy más fuerte que el miedo.

Pero mientras sigo en la mirilla, alguien empieza a hurgar en la cerradura. Desde fuera.

Ahí no hay cerebro ni sugestión que valga. El viejo está intentando entrar en mi casa.

Grito. Pongo el mueble del recibidor bloqueando la puerta.

Llamo a la policía.

La patrulla tardó en llegar unos diez minutos. Diez minutos en los que yo estuve escuchando como Manuel hurgaba en mi cerradura. Solo paró segundos antes de que la policía llamase al portal.

Les conté todo y, tras una hora de comprobaciones, de llamar a la puerta de Manuel sin respuesta y de intentar tranquilizarme, reciben la información sobre el inquilino de la puerta de enfrente.

Ahí no vive nadie.

Entrada XI - 5 de Diciembre de 2004

Desde que vino la policía, Manuel no ha vuelto, y otro tipo de miedo se apodera de mí.

¿Estoy loca?

Las pesadillas siguen, y cada día me levanto y me acerco a la mirilla, pero no miro. Espero. A ver si vuelvo a escuchar como juegan con mi cerradura.

Pero no lo escucho.

Y no aguanto más.

Hoy he decidido entrar en la casa. Las puertas son baratas y huecas, así que con un cuchillo largo la he podido atravesar y abrirla haciendo palanca.

Hacía años que nadie vivía allí. El polvo se acumulaba en los muebles podridos y gastados. La pared estaba gris de la humedad. El olor a cerrado era demasiado intenso.

Empezaba a acostumbrarme al hecho de que Manuel hubiera vivido en mi cabeza y en ningún otro sitio. Y pensaba buscar ayuda profesional, por si acaso.

Pero solo hasta que llegué a la cocina, que estaba igual de vieja, sucia y desordenada que el resto de la casa.

Pero ahí, en la encimera, podrida por el tiempo. Incluso con el trozo que dejé a medio comer.

Ahí estaba la tarta de Manuel.